

acostaron sobre un lecho de plumas, se le dejó allí solo, y despues de haberlo atado con unos cordones de seda, le introdujeron despues una cortesana que se habia escogido como la mas propia para seducir el corazon del jóven mártir y rendirlo. Él hizo un esfuerzo violento para resistir esta tentacion vehemente: espuesto á este ataque tan peligroso, el santo jóven, no teniendo otro recurso, se cortó la lengua con los dientes y la escupió á la cara de la perversa muger, la que se retiró confundida. Muchos cristianos para sustraerse de esta persecucion, en que se empleaba, tanto la violencia, como la seduccion, se fueron á los desiertos. De este número fué San Pablo nacido en la Tebáyda, provincia del Egipto. Él se retiró bastante jóven á la soledad, en donde hizo una vida angélica con una entera separacion del comercio de los hombres, y en una continua union con Dios.

Adicion.—Desde el año 242 hasta este de 249, se condenaron en diversos concilios los errores que en esta época afligieron sumamente la Iglesia de Jesucristo. En Bostra ó Filadelfia el año de 242, se celebró el primero, en donde fué condenado Berilo, que afirmaba que Jesucristo era un meró hombre. En Efeso se congregó el concilio contra Noeto, que negaba la distincion de las divinas Personas. En el concilio de Arabia se fulminó anatema contra los que sostenian que las almas morian y resucitaban con los cuerpos, año 246; y el año 250, el concilio de Acaya condenó á los valesianos.

Se celebró en Roma el año 51, siendo papa San Cornelio, un concilio en que se reunieron setenta obispos, y mayor número de sacerdotes y diáconos. En él se condenó á Novaciano, primer antipapa, que impelido de una ambicion desmesurada, se declaró contra la legítima eleccion de San Cornelio al pontificado: despues de haber sembrado las mas atroces calumnias contra Cornelio, disfrazadas con tanto artificio, que sorprendieron un gran número de confesores, hizo venir á Roma tres obispos italianos, hombres sencillos, á quienes aseguró que ellos solos podian terminar las divisiones de la Iglesia;

y á pretexto de recibirlos con el decoro debido, los alojó en su casa, los sentó á la mesa y les hizo beber con exceso por medio de sus confidentes. Cuando ya supo Novaciano que estaban embriagados, se presentó á ellos, persuadiéndoles, que la silla pontifical estaba vacante por haber sido nula la eleccion de Cornelio, é hizo que le ordenasen á él en su lugar. Como tenia el apoyo de los confesores, á quienes supo astutamente seducir, pudo esta trama, aunque tan grosera, deslumbrar el espíritu de algunos.

Se condenaron en el mismo concilio las heréticas pretensiones de Novaciano, porque sostenia que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caído, durante la persecucion, y que no podian permitirse las segundas nupcias.

MARTIRIO DE SAN PIONIO.

ENTRE todos los generosos atletas que sufrieron el martirio por Jesucristo en la persecucion del emperador Decio, acaso es el mas illustre San Pionio, sacerdote de Esmirna. Un dia que estaba orando en la Iglesia, conoció por revelacion que seria preso al dia siguiente. Al punto se echó una cadena al cuello, para manifestar á los perseguidores que estaba dispuesto á sufrir; y en caso que le condujesen al templo de los dioses falsos, manifestar á los espectadores que esto era por violencia y contra su voluntad. Efectivamente, al dia siguiente vino un oficial para prenderlo, y le preguntó si sabia las órdenes del emperador. Nosotros sabemos (respondió el santo) que hay un mandamiento, y este es el que nos obliga á adorar un solo Dios. Venid á la plaza, dijo el oficial, y vereis el edicto del emperador que ordena sacrificar á los dioses. Luego que llegaron á la plaza, una gran multitud de paganos y

de judíos le siguió. San Pionio hizo un largo discurso á este pueblo, el que escuchó con atención. Luego que él declaró al fin de su discurso que no adoraba los dioses ni las estatuas, procuraron hacerle variar de resolución: dejas persuadir, le dijeron: un hombre de vuestro mérito es digno de vivir: creednos, es bueno disfrutar de la vida. Sin duda, replicó el mártir, la vida es un bien, y un cristiano no la desprecia; mas nosotros deseamos otra vida que le es aun mucho mas preferible: yo os agradezco el afecto que me manifestais; mas sospecho algo de artificio: el odio declarado es menos nocivo que las caricias fingidas. Despues, volviéndose al juez, le dice: si vuestra comision tiene por objeto persuadirme ó castigarme, castigadme pues, porque jamas me persuadireis. Despues de muchas preguntas, á las que el santo respondió con firmeza, el juez comenzó á instruir el proceso y el interrogatorio jurídico, para que todo estuviese dispuesto á la llegada del procónsul, que debía ser dentro de pocos dias. El cual habiendo llegado á Esmirna, hizo comparecer á San Pionio á su tribunal. ¿Perdistis, le dice, en vuestra resolución? ¿No os arrepentís por fin? El santo mártir respondió que no mudaba jamas de resolución. Entonces el procónsul hizo que se le aplicase el castigo, despues del cual le dijo: os doy lugar ahora para que consulteis con vos mismo: es inútil la dilacion, dijo San Pionio, pues no he de mudar de parecer. Luego el juez pronunció la sentencia, la que estaba escrita en una tabla en estos términos: “Ordenamos que Pionio, sacrilego, que se ha confesado cristiano, sea quemado vivo para vengar á los dioses y llenar de

terror á los hombres.” El mártir caminó con gozo y á paso firme, al lugar de la ejecucion: se despojó él mismo, se estendió sobre el poste, y se dejó clavar. Luego que lo clavaron le dijo el ejecutor: depon ese error, todavia es tiempo, promete hacer lo que se te pide y se te quitarán los clavos. No, replicó el santo mártir, yo me apresuro á morir para resucitar. Despues lo levantaron clavado en el poste con la vista ácia el Oriente: se estendió al rededor de él un gran monton de leña y se le prendió fuego: como cerró los ojos, el pueblo creyó que habia muerto; mas él oraba en silencio. Concluida su oracion, abrió los ojos á tiempo en que la llama comenzaba á elevarse, y viendo al fuego con un semblante alegre, dijo: Amén; Señor, recibe mi alma: y al punto espiró, dando un largo suspiro. Despues que el fuego se apagó, los fieles que estaban presentes encontraron su cuerpo entero y sin lesion alguna: la cabellera intacta, la barba hermosa y resplandeciente todo su semblante. Los cristianos quedaron confirmados en la fé, y los infieles se retiraron espantados y agitados con los remordimientos de su conciencia.

(AÑO 257 DE JESUCRISTO.)

OCTAVA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR VALERIANO.

HABIÉNDOSE aplacado por un poco de tiempo la persecucion, volvió á comenzar con nueva violen-

cia bajo el emperador Valeriano. Este príncipe fué animado contra los cristianos, por uno de sus ministros que los aborrecia, quien le persuadió que para el acierto feliz de la guerra que entonces iba á sostener, debia abolir el cristianismo. En vista de esto, publicó edictos que hicieron lograr la gloria del martirio á un gran número de cristianos. El mas illustre de estos mártires fué San Lorenzo, primer diácono de la Iglesia romana. Cuando llevaban al suplicio al papa San Sixto, que lo habia elevado al diaconado, San Lorenzo, alentado con el deseo de dar igualmente su vida por Jesucristo, le seguia vertiendo lágrimas, y le decia: ¿adonde vas, padre mio, sin vuestro hijo? ¿Adonde vas, pontífice santo, sin vuestro ministro? San Sixto le respondió: hijo mio, mayor combate se te aguarda, dentro de tres dias me seguirás. Consolado el santo diácono por estas palabras, se preparó al martirio y se apresuró á distribuir á los pobres toda la plata que estaba en su poder; porque entonces los diáconos estaban encargados de la distribucion de los bienes de la Iglesia. Sabiendo el prefecto de Roma que la Iglesia tenia muchas riquezas, quiso apoderarse de ellas. Mandó buscar al santo diácono, que era el depositario, y le dice: quejaos á vos mismo y á los demas cristianos, de que se os trate con rigor; mas por ahora no se habla de tormentos: os pido con agrado lo que podeis conceder: yo sé que teneis vasos de oro y de plata para vuestros sacrificios; traedme esos tesoros: el príncipe tiene necesidad de ellos para mantener sus tropas. San Lorenzo respondió: confieso que nuestra Iglesia es rica, y que el emperador no tiene tesoros tan preciosos: os haré ver gran

parte de ellos: concededme únicamente un poco de tiempo para poner todo en orden. El prefecto no entendió de qué riquezas se le hablaba, y le concedió tres dias de plazo. En este intermedio, el santo diácono corrió toda la ciudad para reunir los pobres que mantenía la Iglesia, y fué luego á decir al prefecto que todo estaba dispuesto. El prefecto le siguió, y viendo aquella tropa de ciegos, cojos y valdados, en lugar de los vasos preciosos que aguardaba, volvió ácia el santo sus ojos con indignacion: ¿por qué os irritais, le dijo San Lorenzo, el oro no es mas que un vil metal y origen funesto de muchos males: el oro verdadero es la Divina luz que ilumina á estos pobres: ved aquí las riquezas que os he prometido. ¿Así te burlas de mí? dijo el prefecto con furor: yo sé que los cristianos se glorian de menospreciar la muerte; no esperes, por tanto, morir en un momento: yo haré prolongar los tormentos, para que tú de grado en grado recibas la muerte. En efecto, comenzaron á desgarrar á azotes su cuerpo: despues se preparó una parrilla de fierro sobre brasas, y en ella estendieron al santo mártir; de modo que el fuego iba penetrando su carne lentamente. Pero el fuego de la caridad que abrazaba su corazon era mas fuerte que el que quemaba su cuerpo, y le hacia como insensible á este tormento: su mente estaba fija en la ley del Señor, y su suplicio venia á ser para él un verdadero descanso. Despues de haber sufrido largo tiempo este horrible tormento, dijo tranquilamente al juez: mi cuerpo está ya bien asado por esta parte; haced que se vuelva ácia la otra: y algunos momentos despues añadió: mi carne es un manjar bien asado; la

podeis comer. Levantando despues los ojos al cielo, pidió á Dios por la conversion de Roma, y espiró. ¡Qué valor! ¡Qué tranquilidad en medio de los mas agudos dolores! Es inútil buscar en otra parte su fortaleza, que en la fuerza todopoderosa del socorro divino.

SAN CIPRIANO ES PRESO Y ENVIADO AL DESTIERRO.

EN esta misma persecucion sufrió el martirio San Cipriano, obispo de Cartago. Nació en África de una familia distinguida. Antes de su conversion, enseñó la retórica en Cartago con mucho aplauso: no abrazó el cristianismo sino ya en una edad madura, y despues de muchas reflexiones: habia vacilado largo tiempo, para resolverse á abandonar el paganismo, en cuya falsa religion habia nacido: le parecia muy dificeil renacer para tener una nueva vida, y convertirse en otro hombre conservando su mismo cuerpo. ¡Cómo podrán destruirse, decia, las costumbres inveteradas, que han llegado á ser como otra naturaleza? ¡Cómo abrazar la frugalidad cuando se ha acostumbrado á una abundante y delicada mesa? En estos mismos términos se expresaba escribiendo á sus amigos; mas añade el mismo santo: luego que la agua de la regeneracion lavó las manchas de mi vida pasada, y mi corazón purificado recibió la luz celestial, todas mis dificultades desaparecieron: encontré fácil cuanto me ha-

bia parecido imposible. Hizo tan grandes progresos en la virtud, que se creyó conveniente conferirle el sacerdocio poco tiempo despues de su bautismo. Muerto el obispo de Cartago, el pueblo fiel le pidió con instancia para su pastor. A esta noticia, el santo sacerdote procuró evadirse con la fuga, cediendo á los mas ancianos un honor de que él se creía indigno; pero descubierta el lugar donde se habia ocultado, se vió en la necesidad de condescender. Brillaron sus virtudes con un nuevo esplendor en esta dignidad: su caridad para con los pobres no tenia límites: se aplicó con un celo infatigable en establecer con firmeza la disciplina, y en instruir á su pueblo. Escapó de la persecucion del emperador Decio, retirándose por algun tiempo; porque á él principalmente procuraban quitar la vida los paganos, y el anfiteatro muchas veces habia resonado con estas repetidas exclamaciones: Cipriano á los leones, Cipriano á los leones. No estuvo ocioso en su retiro: trabajó sin descanso por el bien de su pueblo, unas veces escribiendo, y otras valiéndose del ministerio de aquellos á quienes habia confiado su cuidado. Volviendo á su Iglesia estendió hasta la África su solicitud pastoral; nada se escapaba á su vigilancia. Un cisma se habia formado en Roma: Novaciano se habia hecho consagrar obispo, viviendo aun San Cornelio, legitimo pontífice. Cuando llegó esto á noticia de San Cipriano, se encendió su celo, y escribió contra el intruso. Los cismas, dice el santo, tienen su origen de la impía temeridad de algunos que menospreciando al obispo, que no puede ser mas que uno solo en su Iglesia, arrojan de su seno aquel á quien

el mismo Dios ha constituido. No es mas que un solo Dios, uno solo es Jesucristo, y una la silla episcopal, concedida únicamente á San Pedro, desde su establecimiento por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo. No puede erigirse otro altar ni establecer otro sacerdocio; y sustituir un nuevo obispo á aquel que la Iglesia ha puesto, es erigir otro altar. Todas las empresas de los hombres, sean las que fuesen, contrarias á la institucion divina, son falsas, profanas y sacrilegas: la Iglesia de Jesucristo, es esencialmente una, y jamas puede estar dividida: Jesucristo nos dice, que no hay mas que un solo redil, y para hacer mas sensible esta unidad, sobre uno solo fundó su Iglesia, que fué San Pedro, á quien dió el poder de las llaves. Cornelio ha sido, con arreglo á los sagrados cánones, instituido sobre la silla pontifical; así es que otro cualquiera que quiera ser tenido por obispo de Roma, rompe la unidad. Su ordinacion no puede ser legítima, así como no puede haber dos obispos en una misma silla: el que se ha creado obispo despues del primero, nada es, porque no puede haber un segundo obispo; de consiguiente no puede tener ni el poder ni la dignidad de tal. Este no es pastor, es un profano, un estrangero, un apóstata: de nadie es sucesor, del mismo toma principio, y pretende establecer una Iglesia nueva, una Iglesia puramente humana, en medio de la Iglesia de Dios: esto es lo que ha hecho Novaciano. Su eleccion ha sido contra todas las leyes de la disciplina, hecha por unos apóstatas que han abandonado á su verdadero pastor. Cuando un obispo ha sido criado pontífice, no puede establecerse otro, y es un enorme crimen

querer elegir un segundo: crimen tan grande, que el martirio mismo no podria espiarlo, porque fuera de la Iglesia, este martirio no seria verdadero. Los cismáticos podrán entregarse á los tormentos y á la muerte; mas no podrán recibir la corona de mártires. Cualquiera division en la grey del Señor, viene á ser impura, estrangera, enemiga, y cuando no se tiene á la Iglesia por Madre, tampoco se puede tener á Dios por Padre.

Adicion.—Fué para toda la Iglesia sumamente sensible la vergonzosa apostasia de muchos cristianos de Alejandria, que por temor de los tormentos y la muerte, ofrecian sacrificios á los ídolos. Y con mayor escándalo en Cartago: personas de distincion y acomodadas se presentaban á los magistrados, protestando que renunciaban al cristianismo. Estos para evitar la vergüenza de una pública apostasia, recibian de los mismos magistrados ciertos libelos ó cédulas para que no se les buscasse; de donde les vino el nombre de libeláticos. Despues de haber idolatrado tan libremente, pretendian ser admitidos á la comunión ó reconciliacion solemne, por medio de otras cédulas que sacaban frecuentemente de los mártires y confesores. Esperábanlos al paso, cuando los conducian al suplicio, ó los iban á buscar á las cárceles, y con ruegos y lágrimas las mas veces afectadas, los precisaban á concederles lo que llamaban una cédula de paz, concebida en estos términos: “Que N. comuniquese con los suyos.” Era tan grande la veneracion que se tenia á estos santos mártires, que se miraba su dictámen, como si hubiese sido pronunciado por el mismo Jesucristo; pero esta religiosa disposicion cedia en detrimento de la religion, porque los mártires muchas veces concedian la paz con poco discernimiento de las personas; y de aquí resultaba que el uso de las penitencias canónicas se iba aboliendo poco á poco. San Cipriano procuró poner remedio á tan grave mal, escribiendo á los confesores, y rogándoles con la mayor eficacia, que no concediesen la paz á la comunión, sin considerar la diferencia de las caidas, y el tiempo que por ellas se hacia penitencia. Como Felicísimo y Novato defendian contra el sentir de San Cipriano, la astucia de los libeláticos, suscitaron en Roma un cisma bastante escandaloso.

Mucho tiempo habia que Felicísimo se empeñaba en causar al

santo obispo cuantos disgustos y sinsabores podia, y con esta idea, puso por obra, todo lo que le sugeria su espíritu artificioso, para enredar mas el negocio de los libeláticos; mas desesperado al ver desvanecidos sus proyectos, se separó á una montaña con todos los de su partido, desde donde fulminó excomuniones contra los fieles. Logró triunfar de su astucia San Cipriano, tanto por los justos anatemas que pronunció contra él, como porque á todos era manifesta su reprehensible y corrompida conducta. Por igual motivo se desvaneció el cisma de Novato, defensor de las maquinaciones é intrigas del primero. Fortunato, uno de los fautores de Felicesimo, pretendiendo que el papa condenase á San Cipriano, y con deseo de encender nuevamente el cisma de los libeláticos, se puso en camino para Roma, en donde por la profunda sabiduría de San Cipriano fueron descubiertas las maquinaciones de este cismático.

(AÑO 258 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE SAN CIPRIANO.

SAN Cipriano se ocupaba en las funciones de su celo, cuando estalló la persecucion del emperador Valeriano. El procónsul de la África, Paterno, le hizo comparecer á su tribunal. Por órden del emperador, le dijo, debo hacer que todos sus vasallos profesen la religion que él mismo profesa: tú ¿qué estás en ánimo de hacer? El santo obispo le respondió: yo soy cristiano y obispo, y no conocemos mas que solo un Dios verdadero, que sacó de la nada el cielo y la tierra; este es el Dios á quien servimos, y á quien en particular pedimos por la prosperidad de los emperadores. Quiero saber, añadió

el procónsul, quienes son los sacerdotes adictos á vuestra Iglesia: no puedo descubrirlos, replicó San Cipriano, vuestras mismas leyes condenan á los delatores. Despues de algunas preguntas, á las que el santo contestó con la misma firmeza, el procónsul mandó que el santo saliese desterrado á Curuba, ciudad pequeña, situada en la costa de África. Un gran número de sacerdotes fué al mismo tiempo desterrado, y disperso por lugares desiertos, y padecieron mil incomodidades. San Cipriano los consuela en una de sus cartas (la setenta y siete de la coleccion de sus obras) que no puede leerse sin percibir alguna parte de aquel fuego divino con que su corazon estaba abrasado, y que le hacia encontrar toda su felicidad en sufrir trabajos por Jesucristo. Un año entero permaneció en el lugar de su destierro: despues se le hizo volver á Cartago, para que lo juzgase allí el nuevo procónsul, sucesor de Paterno. La persecucion se habia encendido con mas violencia; y el edicto del emperador Valeriano ordenaba, que los sacerdotes, obispos y diáconos, fuesen inmediatamente condenados á muerte. San Cipriano quedó bajo el cuidado del capitán de las guardias, que vivia en un lugar suburbio de Cartago. Permittióse á sus amigos que le viesen, y concurrió allí todo el pueblo. Los cristianos temian que durante la noche le quitasen la vida, y la pasaron en vela á la puerta de la habitacion en que estaba preso. Se hallaba entonces el procónsul en su casa de campo, á donde el santo obispo fué conducido en un tiempo muy caloroso. Viéndolo un soldado empapado de sudor, le precisaba á que mudase de vestido; ¿por qué motivo, di-

jo el santo obispo, se ha de buscar alivio á los males que van á acabar? Luego que le vió el procónsul le preguntó si era aquel á quien llamaban Cipriano: ese es mi nombre, respondió el santo. Entonces, dijo el procónsul: el emperador ha dado orden de que sacrifiques á los dioses: de ninguna suerte haré tal cosa, respondió San Cipriano: piénsalo bien, añadió el juez: San Cipriano replicó, no hay que deliberar en una accion tan notoriamente justa. Habiendo, por último, el procónsul, tomado parecer á su consejo, habló al santo obispo de este modo: largo tiempo hace que haceis profesion de la impiedad, sin que hayan podido nuestros emperadores haceros volver á mejores sentimientos; y supuesto que tú eres el gefe de esta perniciosa secta, servirás de ejemplo á aquellos á quienes has inducido á la desobediencia: la disciplina de las leyes quedará asegurada con tu muerte. Tomando entonces la tablilla en que estaba escrita la sentencia, la leyó en alta voz: estaba concebida en estos términos: "Mando que Cipriano sea degollado." El santo obispo respondió: gracias á Dios. Los fieles que en gran número se habian reunido, exclamaron: que se nos degüelle tambien á nosotros. Se escogió para lugar de la ejecucion, una plaza de árboles frondosos, á poca distancia de la ciudad; y aunque era de bastante amplitud, se halló estrecha para el numeroso concurso que allí se reunió. El santo obispo dió hasta el fin pruebas del cuidado que tenia por su pueblo. Sabiendo que en aquel numeroso concurso habia algunas doncellas, mandó que se tuviese cuidado de ponerlas en alguna parte separada de todo peligro. Subió al lugar del suplicio, y postra-

do, pegado su rostro á la tierra, dirigió á Dios una oracion fervorosa: cuando la concluyó, se quitó sus vestiduras que entregó á sus diáconos: pidió luego la venda para cubrir los ojos; y como le era incómodo atarsela ácia atras, un sacerdote y un diácono le hicieron este último servicio: entonces llegó el verdugo, y el Santo hizo que se le diesen veinte y cinco escudos de oro: despues se puso de rodillas y cruzadas las manos sobre el pecho, esperó el golpe que debia hacerle pasar de esta vida á una gloriosa é inmortal. Los fieles recogieron su sangre en unos lienzos que habian estendido al derredor de él, antes que le cortasen la cabeza, y conservaron esta preciosa reliquia con un culto religioso.

Adicion.—San Cipriano escribió al papa San Estevan, suplicándole por el nombre de Jesucristo, de quien era vicario, tomase las medidas mas eficaces para recoger y congregar las ovejas que el cisma habia dispersado: escomulgar á Marciano, obispo de Arlés, y nombrar otro en su lugar. Marciano, adicto á la secta Novaciana, tuvo la crueldad de permitir que muriesen sin reconciliarlos con la Iglesia, unos renegados sinceramente convertidos, que pedian con lágrimas volver á ser admitidos en su seno; y aun se jactaba de haberse separado de la comunión de sus hermanos.

CONTINUACION DE LA PERSECUCION EN LA AFRICA:

NO se aplacó la persecucion con la muerte de San Cipriano; pocos meses despues hubo una multitud de mártires: los mas ilustres fueron San Montano y sus siete compañeros. Tenemos la historia

de su martirio referida al principio por ellos mismos estando en la prision, y continuada hasta su muerte por un testigo de vista. Hé aquí sus expresiones: "Luego que nos prendieron, supimos que el gobernador nos debia condenar á ser quemados vivos, y que el dia siguiente debia ejecutarse este suplicio; pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de los jueces, no permitió que nos aplicasen este género de suplicio. El gobernador mudó de resolucion, y nos volvieron á la prision. Este lugar no fué para nosotros tan horroroso, su oscuridad se cambió en una luz toda celestial: un rayo del Espíritu Santo iluminó esta oscura morada, é hizo que la luz brillase en medio de las tinieblas. El siguiente dia por la tarde nos sacaron á todos juntos los soldados, y nos condujeron al palacio para ser interrogados. ¡Oh dia dichoso! ¡oh qué ligeras nos parecieron las cadenas con que nos ataron! El gobernador nos hizo muchas preguntas acompañadas de amenazas, y promesas: nuestras respuestas fueron modestas, pero firmes, generosas y cristianas. Nosotros salimos del interrogatorio, victoriosos del demonio: nos volvieron á la prision, y allí nos preparamos á un nuevo combate. El mas penoso que sufrimos fué el hambre y la sed; porque despues de habernos obligado á trabajar todo el dia, nos negaban todo alimento, hasta un poco de agua. Mas el mismo Dios nos consoló, dándonos á conocer en una vision, que nosotros teniamos poco tiempo que padecer, y que no nos desampararia: nos concedió algunos desahogos, por el ministerio de dos cristianos, á quienes permitieron que nos visitasen.

"Este socorro nos consoló un poco, y nuestros males se restablecieron. Pronto olvidamos nuestras fatigas, y bendecimos la divina misericordia, que se dignó endulzar nuestras penas. La íntima union que habia entre nosotros, contribuyó particularmente á sostenernos y consolarnos: un mismo espíritu nos unia en la oracion y en nuestras pláticas." Sabed, que nada hay mas dulce que esta caridad fraternal, que es tan agradable á Dios, y con la cual se obtiene cuanto se le pide, segun esta promesa de Nuestro Señor Jesucristo: "Si dos se unen sobre la tierra para pedir alguna cosa á mi Padre, la alcanzarán infaliblemente." El gobernador, por último, hizo comparecer de nuevo á los santos mártires á su tribunal. Todos declararon altamente que persistian en su primera confesion. El juez entonces dió la sentencia, que les condenaba á ser degollados: y los condujeron al lugar donde iban á ser inmolados. Se formó un numeroso concurso, y tanto los fieles, como los gentiles, concurrían á porfia al lugar del suplicio. Manifestaban los santos en su semblante, el gozo que sentian de verse próximos á entrar á la eterna bienaventuranza: exhortaban con fervor á todos los que les cercaban. A los fieles para que perseverasen firmes en la fé, y conservasen con cuidado este precioso depósito; y á los idólatras á que reconociesen y adorasen al verdadero Dios. Todo hombre, les decian, que sacrifica á las falsas deidades, será indefectiblemente arrojado á los eternos suplicios: es una impiedad horrible abandonar al verdadero Dios, y dar adoracion á los demonios. Todos los ocho fueron degollados.